

Construir una torre hace posible su derrumbe. Exposición colectiva *Efemérides* (fragmentos selectos de la historia reciente de Chile) en el Museo Histórico Nacional

Por Consuelo Tupper

Tenemos tan arraigada la idea de que la piedra es sólida, que cuando descubrimos que es efectivamente líquida, un fluido, se trastorna por completo nuestra idea de lo que es duradero y lo que no

Andy Goldsworthy

La colección permanente del Museo Histórico Nacional nos ofrece una historia, ante todo, lineal, cronológica e inquebrantable. Los textos museológicos de cada sala nos reafirman aquello que nos fue enseñado en el colegio y las reliquias de las vitrinas permanecen suspendidas como evidencia tangible de su época, incuestionables. Pareciera ser que el museo nos abre una ventana hacia el pasado y nos permite ver, sin trucos, cómo verdaderamente se fue cimentando el país que vivimos hoy. Pero no olvidemos que todo relato histórico es una construcción, resultado parcial de traducciones superpuestas, interpretaciones, ediciones, cortes y elipsis temporales que transforman fragmentos sueltos de la vida en algo narrable. Tal como una película que abarca varios siglos de historia y que debe llegar al final en no más de un par de horas, el guión permanente del Museo Histórico Nacional acota y jerarquiza la información, permitiéndonos reconstruir un pasado en nuestra cabeza de manera sencilla y comprensible, tan sólo uniendo con una línea recta los – temporalmente muy distanciados– hitos históricos que se nos presentan.

Sin embargo, estando intervenidos ambos pisos del museo por la exposición temporal *Efemérides* (fragmentos selectos de la historia reciente de Chile), esta reconstrucción se torna una tarea más



desafiante y liberadora. A pesar de lo atosigante y confusa que resultó ser la propuesta curatorial de reunir a treinta y ocho artistas contemporáneos cuyos trabajos abordaran (o apenas rozaran), desde innumerables posiciones, las temáticas de la historia, la memoria y/o la identidad, sí aparecen ciertas obras elocuentes como *Yammerschooner* (2011) de Cristián Silva o *Lo que el pueblo sabe y lo que se sabe de él* (2013) de Ivo Vidal. Éstas, junto

a las que nombraré más adelante, son las propuestas que a mi juicio logran insertarnos en medio de un film experimental absorbente y conmovedor, que desbarajusta aquellas convenciones transmitidas y retransmitidas por años, tuerce nuestra inocua línea de tiempo y nos regala a ratos la seductora ruptura de esa causalidad hollywoodense que habitualmente nos conduce a predecir el final de la trama desde el inicio de la película.

De esta forma, aparecen a lo largo de la exhibición obras que conceden espesura simbólica al relato permanente liberándose, por un lado, del comentario puramente crítico u opositor (sin duda parte importante del espíritu de la muestra, necesario pero, a mi juicio, algo reiterativo) y dedicándose, por otro, a urdir una trama que se fusiona con la ya existente, que enmaraña su cronología y logra desde allí dentro, casi literalmente, transfigurar esa piedra cimentada ya hace siglos.



Y digo “casi literalmente” justamente porque una de las obras que trastoca nuestro recorrido –*Encuentros casuales* (2013) de Magdalena Atria– está compuesta por un conjunto de piedras de mediano tamaño forradas parcialmente con fibra de rayón de colores. Es una obra que nos sacude súbitamente con un placer cuyo origen enigmático pareciera venir de un universo regido por leyes naturales distintas a las que conocemos. Nos volcamos de pronto hacia un mundo imaginario que trasciende

como mito vernáculo mucho más que aquella historia de victorias terrenales que nos repiten hasta el cansancio. La solemne belleza de cada piedra nos entrega la posibilidad de fantasear con un universo travestido por el alma para su deleite, de superficies sinuosas cuyas características se moldean a merced de nuestra percepción y logran convencernos finalmente de que aquél es –tal como sugiere Goldsworthy– el mundo (desconcertante, mutable y fascinante) en el que estamos.

Un remezón similar provoca *El zapato y el Chuico* (2011) de Adolfo Martínez, instalación móvil ubicada en la última sala del primer piso. Obstinado e infatigable, el movimiento circular del zapato alrededor del chuico le concede un ritmo nuevo a la muestra e inserta una especie de *leitmotiv* que nos acompaña hasta el final del recorrido. Apenas abandonamos la sala, comenzamos a sentir que la madera del suelo cruje distinta a



a cada paso que damos, advertimos la velocidad de nuestros movimientos y, tarde o temprano, nos vemos tentados a volver a la obra para hipnotizarnos un instante más. Para mí, aquí está el núcleo de cristalización de *Efemérides* como suceso vivo: a cada nuevo giro del corroído zapato, algo inexplicable pareciera ir perdiendo trivialidad y ganando trascendencia ante nuestros ojos. De pronto, ese tanteo errante y desesperanzador se nos muestra decidido y lo vemos, sin más, respondiéndole con fuerza al estatismo propio de una historia que avanza sólo hacia el futuro y encontrándole el verdadero sentido a la anacronía. Como dice Kundera en *La insoportable levedad del ser*: “hay una diferencia infinita entre el Robespierre que apareció sólo una vez en la historia y un Robespierre que volviera eternamente a cortarle la cabeza a los franceses” (12)¹.

¹ Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser*. Barcelona: Tusquets Editores, 1985.